

Buenos días a todos y a todas,

Hoy me dirijo a vosotros con gran alegría, cuando muchos de vosotros os habéis reunido para vivir un momento especial con ocasión de este Jubileo 2025. Un jubileo que abre puertas a todos, que abre caminos a un futuro que podemos construir juntos, con esperanza.

Acabamos de escuchar un pasaje del Evangelio de san Lucas y preparando estas palabras para vosotros, he retenido lo siguiente:

En primer lugar, la lectura que hizo Jesús de Isaías en la sinagoga: « ... *él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos*» (Lc 4, 18).

Luego, me fijé en su comentario: «*Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír*» (Lc 4, 21).

¿Qué nos dice la lectura de Isaías que acabamos de escuchar a nosotras, Hijas de la Caridad, a vosotros, jóvenes vicencianos que queréis construir vuestras vidas no sobre arenas movedizas, sino sobre tierra firme, para que con el paso de los años podáis resistir los vientos inevitables que quizás algunos de vosotros ya podéis estar afrontando?

¿Quiénes son los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos...? Las Hijas de la Caridad trabajan junto a ellos cada día, en los 97 países donde las Comunidades están presentes. Tenemos Hermanas en Nicaragua, donde la situación empeora sin cesar, en Mauritania en el desierto, en la India con los enfermos de lepra, en Nigeria donde las Hermanas están muy implicadas con los niños y jóvenes sordos... Son sólo algunos ejemplos.

Es en su cercanía a los hermanos y hermanas que sufren, de un modo u otro, donde experimentan el verdadero encuentro con los demás, la experiencia de la presencia de Dios. Estos encuentros les permiten dejar que Dios actúe en ellas y, como vosotros cantáis, pueden decir: «*Te entrego mi vida para amar a los demás y, aunque me falten las fuerzas, tu nunca me faltes*».

Dios es paciente. Espera sin cansarse. Cada persona es única a sus ojos y vuelvo a la canción: «*Me llamas por mi nombre*», «*Heme aquí Jesús en mi fragilidad, renuevas mi camino, la fe me sostendrá*».

Personalmente, puedo atestiguar que Dios ha sido muy paciente conmigo. Fue en Haití donde descubrí la oración y la gran pobreza. Un día fui a Egipto, a El Cairo, donde conocí por primera vez una Comunidad de Hijas de la Caridad, en un barrio muy pobre. Después tardé tres años en reconocer la llamada del Señor y decirle «sí» con todo lo que soy, incluidas mis limitaciones. Ha sido un camino con altos y bajos.

Desde entonces, intento, día tras día, serle fiel y abrirme plenamente a los demás. Mi vida ya no está construida sobre arena, sino sobre Cristo. Él me ha enseñado a vivir sin miedo a las olas y a reconocer las alegrías sencillas de la vida. ¡Sí, ¡soy feliz! Comparto con vosotros mi pequeño secreto de felicidad.

Continúo la lectura del Evangelio.

Después de leer un pasaje del profeta Isaías, Jesús añade este comentario: «*Hoy se cumple este pasaje de la Escritura que acabáis de oír*». Se dirige a todos nosotros hoy: bautizados, Hijas de la Caridad, jóvenes vicencianos o jóvenes que buscan un sentido a su vida.

No olvidemos que las palabras de Jesús no se detuvieron en Nazaret. Cuando dijo: «*Hoy se cumple este pasaje de la Escritura que acabáis de oír*», ese hoy se prolonga hasta ahora, aquí, hoy.

A todos nos corresponde escuchar la buena nueva, la que alimenta, calma, cura y abre al mundo, porque no fuimos creados para estar solos en una isla, sino para vivir y avanzar juntos. Nos necesitamos unos a otros; sería ilusorio pensar lo contrario.

Vivir en una comunidad es a veces una aventura. Pero puedo dar fe de toda la amistad, el apoyo y el ánimo que he recibido. Sobre todo, no se trata de ser todas iguales. Nuestras diferencias son una riqueza, y lo he descubierto con el tiempo. Estemos unidas, pero sigamos siendo quienes somos.

Jesús propone un programa de vida, y llama obreros a su mies.

¿Quiénes son los pobres, los cautivos, los ciegos, los oprimidos? Están ahí, pero a veces no los vemos: las personas aisladas, los ancianos, los enfermos, los que han tenido que dejar su país, su familia, los sin techo... ¿Cómo abrir los ojos? ¿Cómo no dar la espalda a los que claman?

Ya me habéis oído. Dudé durante tres años antes de entrar en las Hijas de la Caridad. Durante todo ese tiempo aparté los ojos, no de los que me llamaban, ¡sino sobre todo de la llamada de Dios! Cerré los ojos y me tapé los oídos.

¿Cómo podemos abrir los ojos a los que nos llaman? La actitud de Jesús y su forma de mirar a los demás deberían inspirarnos. Ante todo, Jesús está atento, descentrado de sí mismo, y mira con bondad, sin juzgar, confiado en la capacidad del otro para levantarse y confiado también en el que quiere dar su vida.

Cuando visito países tan diferentes entre sí, como Cuba, Siria, Burundi, Vietnam, Ucrania y tantos otros, me maravilla la pasión de las Hermanas por buscar a los más pobres, por encontrar la manera de que recuperen su vida, de que vuelvan a ponerse en pie y caminen.

También tengo un recuerdo muy sencillo: fui a un centro para jóvenes discapacitados en Kosovo. Habían organizado una pequeña fiesta. Me conmovió mucho ver a jóvenes cuyos cuerpos y mentes estaban debilitados por su discapacidad y que, con esta fragilidad, eran capaces de organizar un acto bien preparado, alegre y hermoso. Acogernos era su único deseo, su alegría. ¡Qué lección!

Sus actitudes reflejaban amor y muestran lo que podemos aprender de los pobres, cautivos, ciegos u oprimidos. San Vicente decía a menudo que los pobres nos enseñan. ¿Qué habéis aprendido ya de ellos?

Durante 12 años estuve en una Comunidad al norte de París, en una zona muy pobre. Era trabajadora social y puedo decir que, cada día, aprendía de las familias que conocía. Me asombraba ver a madres valientes, ver la alegría de los niños cuando se daban cuenta de que todos tenían riquezas en su interior.

Las Hijas de la Caridad se entregan cada día, con lo que tienen y con lo que son, para cumplir este pasaje de la Escritura que acabamos de escuchar, conscientes de que también tienen que ir más allá de sí mismas para superar miedos, limitaciones, incertidumbres, obstáculos... para llegar a quienes la sociedad deja en el camino.

Responder a las llamadas de socorro, querer permanecer fieles a las exigencias del Evangelio, aceptar las dificultades sin miedo, no puede hacerse sin la ayuda de Dios. Por eso nos encontramos

con Él cada día, juntas, en el silencio de la oración y la meditación de la Palabra de Dios. A veces parece casi obvio, por lo que nos entusiasmos, otras veces es más complicado.

Reconozco que rezar no siempre es fácil, y algunos días me siento como un tronco sentado en la capilla. Así que me pregunto: ¿dónde está Dios hoy?

Un día, el profeta Elías comprendió que Dios no estaba en la tormenta, el terremoto o el fuego, sino en la suave brisa (Cf. 1 Reyes 19, 11-12). Le costó mucho tiempo comprenderlo, sobrevivir a las pruebas y a las dudas.

Aún hoy, Dios no está en el fuego, ni en los efectos especiales, sino que hace señas, a menudo discretamente, sin imponerse, a través de la mirada de amor que ofrece a cada uno y a cada una personalmente.

Él os hace señas, teniendo en cuenta vuestros deseos y vuestra personalidad, para mostraros la dirección del camino de la fraternidad y la esperanza. Dios se dirige a vosotros con gran respeto. Pero también os hace preguntas.

¿Dónde os quiere? ¿Cómo puede convertirse más en vuestro compañero de camino? ¿Cómo podéis llegar a él en vuestros hermanos y hermanas más pobres? ¿Cómo podéis hacer de vuestra vida una peregrinación de esperanza, la esperanza que no pasa y que se comparte con los que la quieren?

¡Dios os espera con los brazos abiertos!

Sor Françoise Petit